

047. Unas perlas llamadas lágrimas

Comienzo el mensaje de hoy con una pregunta que tal vez no se nos ha ocurrido nunca o nunca le hemos prestado atención: *-¿Qué tenemos que pensar de las lágrimas?*

Para orientarnos, lo mejor es abrir el Evangelio, que nos cuenta cómo Jesús está contemplando Jerusalén desde la colina oriental, y, de repente, se echa a llorar, mientras dice con suspiros profundos:

- ¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas que Dios te envía! ¡Cuántas veces he querido acoger a tus habitantes como la gallina a los polluelos bajo sus alas, y tú no has querido! ¡Si supieras la destrucción que se va a echar sobre ti!...

Nos encontramos aquí con un hombre de la reciedumbre de Jesús, que llora por la desgracia de su Patria...

Abrimos otra página, y otra vez que vemos al Señor romper a llorar. Se encuentra ante la tumba de Lázaro, y, con las dos hermanas tan queridas, Marta y María, que sollozan, estalla Él también en tales lágrimas, que arrancan a sus peores enemigos este comentario:

- ¡Mirad cómo le amaba!

Vemos aquí a ese hombre Jesús, que llora por la muerte y por el dolor de unos amigos...

Nos vamos a otra página del Evangelio, que resulta mucho más trágica. Jesús está en el Huerto de Getsemaní. Ve la pasión y la muerte espantosas que le vienen encima. Tiene miedo, llega a sudar sangre, y llora con verdadero clamor y lágrimas amargas...

Contemplamos aquí a Jesús, que llora por lo que va a sufrir...

Estos son los hechos.

Jesús llora por su patria, por unos amigos, por su propio dolor, y no sabemos que se avergonzase de sus lágrimas.

Jesús llora, y los Evangelios no se tiran para atrás al contarlos, pensando que van a dejar mal al adorado Maestro.

¿Qué valores encerrarán las lágrimas, cuando Jesús llora, como la cosa más natural del mundo, igual que lloramos nosotros?... ¿Qué hemos de pensar, por lo mismo, de las lágrimas?...

Si hacemos esta pregunta, la primera reacción de una mujer será siempre positiva, y nos dirá:

- ¿Y qué hay de malo en el llorar?

Esta reacción y esta respuesta serían lo más normal en una mujer. Mientras que oye esta pregunta un hombre, con su machismo característico, y reaccionará probablemente con algo de desdén:

- ¡Vamos! Llorar un hombre como yo...

Pero, a una y a otro, les sugiero este fino pensamiento de un autor:

- Las lágrimas son el recuerdo que la Gracia divina dejó a la Humanidad cuando se alejó de ella por el primer pecado de Adán. Son las perlas que el amor y el dolor fraguan en la concha del corazón (Máximo González, poeta y escritor)

Quiere decir, que las lágrimas son el perfume de tanto vaso roto por el sufrimiento del hombre, llamado por Dios al gozo, a la dicha, al amor...

El llanto es siempre un himno al amor y a la felicidad.

Porque se llora de alegría por una emoción intensa, o se llora de pena por una dicha o un amor perdidos.

Es cierto que se puede llorar, y se llora mil veces, por caprichos tontos, por debilidad de carácter; o también, por hipocresía, por astuta diplomacia, para arrancar con mentirosas lágrimas un favor.

En estos casos, el llanto resulta poco digno y no se lo tolera ninguna persona normal y seria.

No hablamos de esto. Hablamos de las lágrimas plenamente justificadas. Y vemos que grandes hombres no se han avergonzado de llorar, como aquel que decía:

- Tengo una barba muy poblada y pelo abundante en el pecho. Con todo, me glorío de las lágrimas que a veces brotan de mis ojos. Sin ellas, mi vida sería un arenal en el que nunca nace una flor, porque no cae nunca sobre él una gota de agua.

Un niño de diez años lloraba por su perro muerto, y ocultaba sus lágrimas porque se imaginaba que deslucían su hombría incipiente. El papá, buen educador, se llevó al niño adonde estaba el perro muerto, lo enterró, y, al acabar su faena, sacó el pañuelo del bolsillo y se enjugó los ojos humedecidos. El niño aquel declararía, ya de mayor:

- Es una de las lecciones más bellas que me enseñó mi padre.

Si llevamos ahora esta reflexión a un plano sobrenatural, al de la gracia de Dios, al de la fe, veremos que hay lágrimas de valor muy subido. Hemos visto llorar a hombres y mujeres en la Iglesia, recogidos en el templo ante la imagen del Crucificado, al que ofendieron y ahora le piden perdón. ¿Con qué se podrían comprar unas lágrimas semejantes?...

¡Lágrimas de nuestros ojos!... ¿Qué hacemos con ellas? ¿Son debilidad o hipocresía? Entonces, ¡fuera, no las queremos!...

Pero, ¿son lágrimas como las de Jesús, nacidas del amor a los seres queridos, de amor sano a nosotros mismos, de amor a Dios?... Cuando se destilan por nuestras mejillas, las recogemos como perlas de valor incalculable...